



# ESPACIO, TIEMPO Y FORMA

AÑO 2016  
ISSN 1131-768X  
E-ISSN 2340-1400

# 29

SERIE IV HISTORIA MODERNA

REVISTA DE LA FACULTAD DE GEOGRAFÍA E HISTORIA

UNED





# ESPACIO, TIEMPO Y FORMA

AÑO 2016  
ISSN 1131-768X  
E-ISSN 2340-1400

# 29

**SERIE IV HISTORIA MODERNA**  
REVISTA DE LA FACULTAD DE GEOGRAFÍA E HISTORIA

DOI: <http://dx.doi.org/10.5944/etfiv.29.2016>



UNIVERSIDAD NACIONAL DE EDUCACIÓN A DISTANCIA

La revista *Espacio, Tiempo y Forma* (siglas recomendadas: ETF), de la Facultad de Geografía e Historia de la UNED, que inició su publicación el año 1988, está organizada de la siguiente forma:

- SERIE I — Prehistoria y Arqueología
- SERIE II — Historia Antigua
- SERIE III — Historia Medieval
- SERIE IV — Historia Moderna
- SERIE V — Historia Contemporánea
- SERIE VI — Geografía
- SERIE VII — Historia del Arte

Excepcionalmente, algunos volúmenes del año 1988 atienden a la siguiente numeración:

- N.º 1 — Historia Contemporánea
- N.º 2 — Historia del Arte
- N.º 3 — Geografía
- N.º 4 — Historia Moderna

ETF no se solidariza necesariamente con las opiniones expresadas por los autores.

*Espacio, Tiempo y Forma*, Serie IV está registrada e indexada, entre otros, por los siguientes Repertorios Bibliográficos y Bases de Datos: REDIB, LATINDEX, DICE, ISOC (CINDOC), RESH, IN-RECH, Dialnet, e-spacio UNED, CIRC 2.0 (2016), MIAR 2015, ERIH PLUS. CARHUS 2014, Fuente Academica Premier, Periodicals Index Online, Ulrich's, FRANCIS, SUDOC, ZDB, DULCINEA (VERDE).

UNIVERSIDAD NACIONAL DE EDUCACIÓN A DISTANCIA  
Madrid, 2016

SERIE IV · HISTORIA MODERNA N.º 29, 2016

ISSN 1131-768X · E-ISSN 2340-1400

DEPÓSITO LEGAL  
M-21.037-1988

URL  
ETF IV · HISTORIA MODERNA · <http://revistas.uned.es/index.php/ETFIV>

DISEÑO Y COMPOSICIÓN  
Carmen Chincoa Gallardo · <http://www.lauridilva.net/cch>

Impreso en España · Printed in Spain



Esta obra está bajo una licencia Creative Commons  
Reconocimiento-NoComercial 4.0 Internacional.

# IDAS Y VUELTAS DE UN MATRIMONIO DE EMBAJADORES: MEMORIA, IDENTIDAD Y GÉNERO EN LOS RELATOS DE VIAJE DE FERNANDO BONAVENTURA Y JOHANNA THERESIA HARRACH (1673-1677)

## BACK AND FORHTS OF AN AMBASSADOR AND THE AMBASSADRESS HIS WIFE: MEMOIR, IDENTITY AND GENDER IN THE TRAVEL ACCOUNTS OF FERNANDO BONAVENTURA AND JOHANNA THERESIA HARRACH (1673-1677)

Laura Oliván<sup>1</sup>

Recibido: 23/06/2016 · Aceptado: 10/09/2016

DOI: <http://dx.doi.org/10.5944/etfiv.29.2016.16802>

### Resumen

En el siguiente artículo interpretaré dos memorias de viaje: una escrita por el embajador imperial en Madrid, el conde Fernando Bonaventura Harrach (1637-1706), y otra por su esposa, la embajadora Johanna Theresia Harrach, nacida Lamberg (1639-1716). El conde de Harrach escribió un diario durante el viaje que hizo con su esposa e hijos de Viena a Madrid para cumplir con su embajada (agosto-octubre de 1673). Su mujer, en cambio, nada escribió sobre aquel trayecto de ida. Dos años y medio después, el tres de septiembre de 1676, Johanna y su séquito iniciaron el camino de regreso a Viena. Fernando Bonaventura Harrach se quedó en Madrid para finalizar su embajada. Johanna comenzó entonces la redacción de *Tagzettel*, unas notas diarias que envió puntualmente a su marido durante el camino a la ciudad imperial, a donde llegó a finales de noviembre de 1676. Contrastando los dos documentos: el diario del embajador y las *Tagzettel* de la embajadora, analizaré el papel jugado por la identidad, la memoria y el género en la construcción de ambos relatos.

---

1. Universidad de Granada. Este artículo se ha realizado dentro de los siguientes proyectos de investigación: IEF Marie Skłodowska-Curie: *Imperial Ambassadors: Diplomacy, Sociability and Culture*, y *Servidores del rey, creadores de opinión: biografías y dinámicas políticas en la Monarquía Española (1700-1830)* del Ministerio de Economía y Competitividad. Investigadora principal: Teresa Nava Rodríguez. Correo electrónico: [lauraolivan@ugr.es](mailto:lauraolivan@ugr.es)

### Palabras clave

Viaje; memorias de viaje; identidad; memoria; género.

### Abstract

This article is focused in the interpretation of two memoirs of travel: one written by the Imperial Ambassador in Madrid, the count Fernando Bonaventura Harrach (1637-1706), and other by her wife, the ambassadress Johanna Theresia, born Lamberg (1639-1716). The count of Harrah wrote a diary during the travel, that he did with his wife and children from Vienna to Madrid in order to fulfill his embassy in Spain (1673). Nevertheless, his wife wrote nothing about that journey. Two years and a half later, the third of September or 1676, Johanna and her entourage began the return to Vienna. Fernando Bonaventura Harrach remained in Madrid to finish his diplomatic mission. Then, Johanna started the writing of *Tagzettel*, daily notes that she sent punctually to her husband along the way to the Imperial city, that she reached at the end of November of 1676. Comparing the two documents: the ambassador's diary and the Ambassadress's *Tagzettel*, I will analyze the role played by the identity, the memoir and the gender in the construction of both accounts.

### Keywords

Travel; story; identity; memoir; gender.

*A mi amiga María Castañeda, una viajera empedernida.*

## 1. HISTORIOGRAFÍA Y FUENTES: VIAJES EN DIARIOS Y TAGZETTEL<sup>2</sup>

En los últimos años, el estudio de los viajes de formación de los jóvenes nobles de la Edad Moderna ha tenido gran predicamento en la historiografía centroeuropea. Numerosas publicaciones han analizado el llamado *Kavalierstour* de los hijos varones provenientes de las mejores familias<sup>3</sup>; sin embargo, no han merecido la misma atención los viajes realizados por algunos de esos conspicuos jóvenes en la madurez, cuando llegaron a convertirse en embajadores. Esta falta de bibliografía específica sobre los trayectos de diplomáticos se debe, en parte, a que los embajadores de la Edad Moderna no acostumbraron a escribir sobre sus vidas en el camino. El conde de Pötting, embajador del Imperio en España entre 1663 y 1673, no relató nada sobre su viaje de ida y vuelta: su voluminoso diario de embajada se inicia meses después de haber llegado a Madrid y finaliza poco antes de emprender su regreso a la capital del Imperio<sup>4</sup>; tampoco el marqués de Villars, embajador de Francia en España entre 1679 y 1681, relató su trayecto a Madrid en sus famosas memorias sobre la corte de España<sup>5</sup>. Ferdinand Wenzel Lobkowitz, sucesor de Mansfeld en la embajada imperial de la corte española, tampoco escribió ningún diario de embajada en España (1691-96), aunque sí dio alguna noticia de su viaje de París a Madrid en sus cartas. En estas misivas escritas en francés el noble bohemio se quejó del mísero estado de los caminos y del mal tiempo, molestias normales en todas las travesías de la Edad Moderna que registró con estoica parsimonia<sup>6</sup>.

Más frecuente resultaba que las personas que acompañaban a un embajador relataran el trayecto seguido y los lugares visitados de camino a la embajada<sup>7</sup>. Recientemente se han publicado dos diarios de viaje de estos ‘acompañantes’ de diplomáticos: el viaje del cardenal Francesco Barberini a la corte española de Cassiano del Pozzo<sup>8</sup> y el diario de Lodewijck Huygens, gentilhomme de la embajada extraordinaria holandesa que se dirigió a Madrid en 1660<sup>9</sup>. Pozzo y Huygens entendieron sus respectivos viajes como una especie de *Kavalierstour*, cual oportunidades de aprendizaje: Lodewijck siguió en su diario las instrucciones que le había dado su padre para un anterior viaje a Inglaterra<sup>10</sup>, mientras que Cassiano

2. Quiero dar las gracias expresamente a Elke Meyer por haberme regalado su *Diplomatarbeit*.

3. BABEL y PARAVICINI, 2005. SMÍSEK, 2014, 30-55. KUBEŠ, 2011.

4. NIETO NUÑO, 1990, LIX.

5. DE VILLARS, 1893.

6. Österreichisches Staatsarchiv (ÖStA), Allgemeines Verwaltungsarchiv (AVA) Familien Archiv Harrach (FA), Familie in specie 275.

7. GARCÍA MERCADAL, 1999.

8. ANSELMINI, 2004.

9. EBBEN, 2010.

10. *ibíd.*, 56.

del Pozzo aprovechó el recorrido para aprender arte, profundizar en sus habilidades lingüísticas y asimilar nuevas culturas cortesanas.

A la vista de estas fuentes, el diario de la embajada ordinaria del conde de Harrach en España (1673-1677) resulta de especial interés porque incluye el viaje de ida a Madrid y vuelta a Viena; y porque es un embajador – y no un acólito suyo – quien lo escribe. Si bien su mirada a lo largo de todo el trayecto resulta muy poco ‘antropológica’ (comparada con la de Pozzo o Lodewijck), ésta constituye un testimonio casi único y de vital importancia para el análisis de los viajes de embajadores a través de Europa en el siglo XVII.

El diario del conde de Harrach y, más específicamente, el viaje que realizó de Viena a Madrid en 1673, llamó la atención del bibliotecario del archivo Harrach, Ferdinand Menčík, quien en 1913 publicó una transcripción de la primera parte del manuscrito correspondiente a la ida de Viena a Madrid y a los primeros meses de embajada. El viaje a España del conde de Harrach no volvió a despertar interés hasta que, ochenta años después, en 1996, Raimund Magis presentó en la universidad de Viena un trabajo de diplomatura titulado: *Pracht, Ehre, Hitze, Staub. Ferdinand Bonaventura Graf Harrach und seine Spanienreise im Sommer 1673*<sup>11</sup>. En este *Diplomarbeit*, Magis hizo un análisis de la ruta seguida por el conde de Harrach, del estado de los caminos, los alojamientos, la salud, la alimentación, las aduanas, así como del miedo a los robos y la piratería que sufrió el embajador.

Si el testimonio viajero de Harrach resulta de interés por los pocos ego-documentos dedicados a los viajes de embajadores en la Europa del siglo XVII, aún resulta más extraño encontrar testimonios en primera persona de las rutas de una esposa de embajador. En este caso, se da la feliz coincidencia de que se dispone del testimonio de viaje de la cónyuge de Fernando Bonaventura: Johanna Theresia Harrach. La esposa del conde de Harrach, embajadora del Imperio por estar casada con el embajador titular, no escribió durante el viaje de ida que hizo junto a su marido pero sí durante la vuelta que realizó sin él. Por razones diversas, Johanna Theresia Harrach salió de la corte de Madrid en septiembre de 1676, un año y medio antes que Fernando de Harrach. Durante el transcurso de su viaje, la embajadora – pues así seguía considerándose – escribió *Tagzettel*, unas notas diarias que envió con asiduidad a su cónyuge con noticias de su día a día. Pero antes de pasar a describir esta particular fuente documental, es necesario ponerla en contexto para comprender su trascendencia.

Los testimonios de viajes de mujeres, autobiográficos o no, no resultan infrecuentes en la Edad Moderna, ya que éstas viajaban tanto o más que los hombres: téngase en mente el caso de las infantas y princesas que cruzaban fronteras para contraer matrimonio<sup>12</sup>. El viaje dinástico tenía siempre como protagonista a una mujer<sup>13</sup>. Otros ejemplos de mujeres viajeras lo constituyen las esposas de los embajadores que, contra lo que se podría suponer, no siempre viajaban con su marido:

11. MAGIS, 1996. Agradezco al profesor Friedrich Edelmayer esta referencia.

12. PÉREZ SAMPER, 39 (2013): 9-42.

13. PALOS y SÁNCHEZ, 2016.

Marie Sophie Lobkowicz viajó sola de Viena a Madrid, Lobkowicz ya estaba en su destino desde hacía más de un año como embajador extraordinario: su ascenso a embajador ordinario requirió la presencia de su esposa en la corte de destino; esta circunstancia unida a que el conde echaba mucho de menos a su mujer, motivó el viaje de Marie Sophie a la corte española en 1692<sup>14</sup>. Desafortunadamente, no se ha encontrado ningún relato de la travesía de la condesa<sup>15</sup>, únicamente un papel relativo a su pasaporte certifica sus cruces fronterizas<sup>16</sup>.

No sólo el viaje de ida podía ser recorrido en ausencia del esposo-embajador: también el de regreso solía hacerse ‘en soledad’, pues era bastante habitual que las embajadoras se adelantaran a sus maridos. La principal causa de esta marcha anticipada sin el esposo era facilitar la postrera salida del embajador y preparar su regreso a la corte de origen: la esposa, una vez instalada en ella, podía pedir ayudas de costa, organizar la nueva casa y recomponer las relaciones sociales aligeradas por la distancia. Todo esto era más fácil realizarlo en persona<sup>17</sup>. Este adelantado retorno con el grueso del equipaje y de la servidumbre lo explica muy bien la marquesa de Villars (embajadora de Francia en España entre 1679 y 1681) en sus cartas a madame de Coulanges, donde cuenta que no adelantó su viaje de regreso a París «par la raison de mes malversations» como le acusaron sus enemigos, sino porque:

«Il crut [el marqués de Villars, su marido], pour plus grande commodité, qu’il étoit plus à propos que je m’en allasse la première [en salir de Madrid hacia París], pour être en état de faire plus de diligence, débarrassé de femmes, de hardes et d’équipages; ne doutant point qu’au plus tard, trois semaines ou un mois après, il n’eût ordre du roi pour partir, et qu’il n’y eût un autre ambassadeur nommé»<sup>18</sup>

Un caso aparte entre las embajadoras que regresaron ‘solas’ es el de Lady Fanshawe: su marido, sir Richard, embajador de Inglaterra en España (1664-1666), falleció, unos días antes de emprender el regreso a Londres. Al contrario que madame de Villars (que no contó nada sobre su viaje de ida y vuelta a Madrid), lady Anne sí que escribió sobre sus ajetreados trayectos diplomáticos en unas memorias dedicadas a su hijo que redactó al final de sus días. En ellas aparecen relatados sus viajes a las embajadas de Portugal y España. Anne Fanshawe trató los dos viajes que hizo a la corte de Madrid con especial benevolencia. En vez de relatar una «España negra» como hicieron algunos contemporáneos suyos franceses, la embajadora-lady dio una visión muy positiva y placentera de su travesía por tierras españolas<sup>19</sup>. Otra característica de estas memorias es que, al estar destinadas a su hijo, la autora obvió mucha información de su actividad diplomática como embajadora; ya que tenía que dar una imagen de esposa y madre ejemplar, y no de mujer políticamente agresiva que traspasara los límites del género. Las memorias de Lady Fanshawe no estaban destinadas a ser publicadas. Aun no perteneciendo a la alta nobleza británica (era sólo

14. Agradezco este dato a Michaela Buriánková. Buriánková está realizando una tesis sobre la embajada de Lobkowicz bajo la dirección del profesor doctor Jiří Kubeš (Universidad de Pardubice, República Checa).

15. De existir, estaría en el archivo Lobkowicz, actualmente cerrado.

16. ÖStA. HHStA (Haus-, Hof- und Staatsarchiv). RHR Passbriefe 10-1-110.

17. Camille Desenclos está estudiado el retorno adelantado de las esposas de los embajadores.

18. DE COURTOIS, 1868, 173. Lettre XXXVI Madame de Villars a Madame de Coulanges, 01/05/1681.

19. CASTAÑEDA, 2015.



lady), Anne prefirió conservar manuscrita su semblanza adocrinadora seguramente para distinguirla de las instrucciones «vulgares» escritas por gentes comunes, que sí solían pasar por la imprenta<sup>20</sup>.

Otras mujeres nobles no embajadoras, publicaron sus memorias autobiográficas en vida con propósitos distintos a los de Lady Fanshawe. María Mancini publicó sus memorias para defenderse de las acusaciones realizadas contra ella<sup>21</sup>. María contó en su relato autobiográfico sus numerosos viajes, entre ellos su huida de Roma vestida de hombre y su periplo por Francia y los Países Bajos hasta llegar a España. El victimismo y la búsqueda de la rehabilitación del honor perdido guiaron su pluma. Madame D' Aulnoy, la conocida cuentista, también publicó una relación de su viaje a España realizado supuestamente en 1679. El texto salió impreso en 1691. Algunos autores sostienen que, dado el carácter imaginativo y ficcional de su relato, la D'Aulnoy nunca estuvo en tierras hispanas; otros, como el duque de Maura, consideraron que sí que hizo aquel viaje, aunque reconocen la desbordante fantasía de la D'Aulnoy al contar sus aventuras<sup>22</sup>.

Las *Tagzettel* de viaje de Johanna Theresia son muy diferentes a los relatos de viaje de las mujeres citadas. *Tagzettel* se traduce al castellano como «notas diarias». El cardenal Erns Adalbert Harrach, tío de Fernando Bonaventura Harrach fue uno de los nobles pioneros en utilizar esta forma de comunicación para informar a sus parientes y allegados de su vida diaria en la corte de Roma<sup>23</sup>. Fue él el que aleccionó a su sobrino Fernando en la redacción de *Tagzettel* con el cometido de que le diera noticias de su *Kavalierstour* por tierras europeas<sup>24</sup>. Las *Tagzettel* del joven conde de Harrach de ese periodo no se han conservado pero debieron ser muy similares a las de su afamado tío, una persona de gran influencia en su vida ya que hizo las veces de padre cuando se quedó huérfano<sup>25</sup>. El conde de Harrach debió enseñar a su esposa a escribir *Tagzettel*<sup>26</sup>.

Johanna escribió *Tagzettel* en dos momentos de su vida: cuando Fernando viajó a Madrid en 1665 como embajador extraordinario (entre julio y diciembre de 1665) y cuando inició su viaje de regreso a Viena siendo su esposo embajador ordinario en España. Esta segunda tanda de *Tagzettel* va desde el comienzo del viaje hasta finales de 1677 y comprende todo el trayecto de vuelta y los meses en los que Johanna estuvo en Viena esperando a que su marido regresara de España. Las *Tagzettel* de 1665 y las de 1676-77 (excepto la parte del viaje que estaba guardada en otro lugar y no se descubrió hasta el 2012) fueron estudiadas por primera vez por Pils a finales de los noventa. El resultado de sus investigaciones ha sido publicado en diferentes trabajos entre el que destaca su libro: *Schreiben über Stadt. Das Wien der Johanna*

20. BOUZA, 1998, 222.

21. DOSCOT, 1987.

22. MAURA y GONZÁLEZ-AMEZÚA, 1930, VII-XXI.

23. KELLER y CATALANO, 2010.

24. KELLER y ROMBERG, 13/2 (2010): 300.

25. Normalmente eran los padres los que incitaban a sus hijos a que escribieran sobre el viaje educativo, véase SMÍŠEK, 2014, 30. EBBEN, 55.

26. PILS, 2002, 21.

*Theresia Harrach 1639-1716*. Fue Pils la que describió esta particular fuente documental como una mixtificación entre carta y diario<sup>27</sup>.

El objetivo fundamental de una *Tagzettel* era dar noticias. En este sentido cumplía con los mismos fines que podía tener una misiva. Se distingue sin embargo de ésta en las cuestiones formales ya que la *Tagzettel* obvia ciertos formulismos exigidos en la redacción de cartas y que restaban cierta espontaneidad al texto. Si bien mantiene la anotación de la fecha o el lugar desde donde está escrita, se permite ‘el lujo’ de eludir encabezamientos, despedidas, firmas y orden en el contenido. Las notas diarias de Johanna son conversaciones desordenadas, una plasmación algo caótica de sus pensamientos que se mezclan con la redacción fluida de informaciones que ella consideraba útiles para su marido. En España, lo más parecido a las *Tagzettel* que se ha encontrado es el diario del marqués de Osera, editado magistralmente por Santiago Martínez<sup>28</sup>. Como las *Tagzettel* de Johanna, las anotaciones de Osera están escritas en forma de diario (él las llamaba así<sup>29</sup>), tienen un destinatario (el hermano mayor del autor) y están numeradas.

Las *Tagzettel* del viaje de Madrid a Viena de Johanna Theresia fueron descubiertas hace cuatro años por Elke Meyer (2012). Por razones desconocidas, estas notas fueron separadas en algún momento de la tanda a la que pertenecían (de ahí que Pils no las citara en sus estudios) para ser colocadas entre los papeles del tercer hijo varón de Johanna: Aloisio Thomas (Luis) Harrach<sup>30</sup>. Estas *Reise-tagzettel* fueron objeto del trabajo de diplomatura de su descubridora<sup>31</sup>. En la introducción, Meyer explica la naturaleza del documento, realiza una breve biografía de Johanna Theresia Harrach y su marido, y escribe unas notas biográficas de los personajes que aparecen en las *Tagzettel* para luego exponer los problemas del viaje: los medios de transporte, el camino, la alimentación, las enfermedades, las aduanas y los peajes; la segunda parte se compone de la valiosísima transcripción de la fuente acompañada de un buen número de notas a pié de página<sup>32</sup>.

En este artículo he utilizado las transcripciones de Menčík y Meyer de los respectivos viajes de Fernando Bonaventura y Johanna Theresia Harrach. Tanto el embajador como su esposa escribieron en alemán del siglo XVII con la diferencia de que Johanna usó una grafía más fonética<sup>33</sup>. El lenguaje manejado por ambos y la distinta naturaleza de sus ego-documentos son esenciales a la hora de descubrir las distintas memorias e identidades expresadas, así como las diferencias de género presentes en los dos relatos.

27. *ibíd.*

28. MARTÍNEZ HERNÁNDEZ, 2012.

29. *ibíd.*, 10.

30. MEYER, 2013, 1.

31. *ibíd.* *Diplomarbeit* dirigido por el profesor doctor Thomas Winkelbauer.

32. Las *Reise-tagzettel* están en: ÖStA. AVA. FA Harrach Familie in specie 79.2. *Ibíd.*, 1.

33. En este artículo he respetado escrupulosamente las transcripciones de Menčík y Meyer. Las traducciones del alemán al español son mías.

## 2. EL RELATO DE VIAJE DE ÉL: VIENA-MADRID (AGOSTO-OCTUBRE DE 1673)

Cabe interrogarse sobre la razón por la cual el conde de Harrach incluyó el viaje de ida y el de vuelta en su personal registro de actividades diplomáticas (su diario). La respuesta más plausible es que consideró ambos viajes como partes intrínsecas de su embajada. Aquí sólo describiré el trayecto de ida de Viena a Madrid iniciado en agosto de 1673 y concluido a finales de octubre de ese año. Harrach trató este viaje como su primera misión diplomática. ‘Escribir el viaje’ formaba parte de ese aprendizaje, ensayo y práctica del nuevo cargo que Fernando Bonaventura ejerció en el camino.

Los viajes en la Edad Moderna tenían para la nobleza un ineludible carácter formativo. No en vano, los nobles varones de Centroeuropa se estrenaban como egregios transeúntes con un viaje de estudios durante el transcurso del cual ponían en práctica sus conocimientos, adquirían otros nuevos y, lo más importante, forjaban su identidad nobiliaria. En su conocida carta-manual de viajes, Justo Lipsio explicó que todo joven de la alta nobleza debía utilizar su *tour* para formar su personalidad<sup>34</sup>. El viaje era un camino hacia la madurez estamental, política y familiar. Fernando de Harrach conocía bien las bondades formativas e identitarias del viaje así como la utilidad que podía tener registrarlo de forma escrita. Él mismo se había iniciado en la ‘escritura del viaje’ en su *Kavalierstour* por Francia, Alemania, Flandes y Bohemia<sup>35</sup>. En 1665 realizó su primera misión diplomática como embajador extraordinario del emperador en Madrid, durante esa embajada escribió su primer diario en el que el viaje de ida y vuelta a Madrid quedó registrado. En 1669, Fernando viajó a París como enviado del emperador, nada escribió sobre esta misión pero sí sobre la siguiente: la embajada ordinaria en Madrid, cuyo viaje de ida es objeto de este estudio.

El diario de la embajada ordinaria en España de Fernando Bonaventura Harrach comienza en Viena el primer día de agosto del año 1673, justo tres días antes de iniciar el viaje. Estas primeras jornadas aportan claves sobre la razón más inmediata que le llevó a escribir el diario: su nombramiento de embajador del Imperio en España, consecuencia directa del estrecho vínculo personal mantenido con el emperador Leopoldo I. Ambos eran amigos desde la infancia y su amistad era perfectamente compatible con la diferencia de rango<sup>36</sup>. Parece evidente que la primera persona que aparece citada en el diario sea Leopoldo, al que Harrach se refiere como «su majestad imperial»<sup>37</sup>, marcando la jerarquía pero también resaltando el «amor»<sup>38</sup> existente entre ellos<sup>39</sup>. Fernando Bonaventura relató en la primera página la audiencia que tuvo con el emperador ese primer día de agosto: Leopoldo le

34. EBBEN, 2010, 54.

35. MAGIS, 1996, 65.

36. Sobre la amistad entre patronos y clientes véase BLUTRACH, 2014, 294-307.

37. MENČÍK, 1913, 1.

38. Sobre el amor y la amistad en la política de la Edad Moderna CARDIM, 1999.

39. En su correspondencia, Leopoldo lo llamaba «Fedinando mío». ÖStA. AVA. FA. Harrach. Familie in specie 207-211.

dio órdenes como su superior que era pero también le confesó que «aunque no lo tuviera delante de sus ojos, no le olvidaría» y «que lo tendría siempre en su pensamiento»<sup>40</sup>, acto seguido le entregó un regalo a modo de recordatorio permanente de su persona que consistió en un retrato suyo en miniatura engastado en diamantes para que se lo llevara a España; este tipo de retraticos eran profusamente usados para mantener la unión en la distancia<sup>41</sup>. El emperador continuó expresándole su deseo de darle mercedes y compensarle por sus servicios. Él se puso a sus pies y le agradeció el haberle confiado aquella embajada<sup>42</sup>. Por la tarde, jugó a las cartas con el emperador y otros nobles, y anotó que Leopoldo le había hecho el honor de hablar más con él que con el resto. Bien sabía el embajador que la relación patrono-cliente era recíproca y que funcionaba tanto de abajo arriba como de arriba abajo y de esto precisamente quiso dejar constancia cuando refirió que el emperador le había regalado una tapicería de la historia de Jacob<sup>43</sup>; y, como despedida, le había concedido su petición de nombrar *Oberhofmeisterin* (Camarera Mayor) a la condesa de Trautson.

Al día siguiente, Harrach se despidió de los miembros femeninos de la familia imperial, así como de ministros y caballeros. Finalmente, el día cuatro de agosto inició su viaje con su mujer Johanna Theresia Harrach, sus hijos Carlos de diez años, Josefa de nueve, Franz Anton de ocho y Luis de cuatro; su confesor y numerosos criados. Las anotaciones relativas a estos primeros días de trayecto son muy escuetas, se limitan a informar de la hora de salida y llegada a cada pueblo, de las dificultades del camino o de si la posada había sido buena o mala<sup>44</sup>. Paradójicamente, mucho más largas y prolijas son las descripciones de los días en los que no viajaban. Harrach y su séquito se detuvieron en ciudades importantes para descansar y recibir los honores propios de su rango. En Linz fueron recibidos por el conde de Starhemberg, el conde de Kevenhüller y tres religiosos. El conde de Starhemberg les invitó a ver juegos de agua en el río y el conde Gotthard de Salburg los llevó a su casa a cenar. Al día siguiente ya estaban otra vez en ruta. Tras pasar la noche en posadas de aldeas, llegaron a su próxima estación: Salzburgo. Allí se quedaron cinco días. El primer día el arzobispo los invitó a comer. A la mañana siguiente les guió (a él y a su mujer) por el palacio arzobispal y por la tarde, él solo junto al conde Franz von Lamberg fue conducido hasta Hellbrunn, la maravillosa residencia de verano. La jornada siguiente la dedicaron a ver los caballos del arzobispo para luego visitar el castillo. Las horas previas al anochecer, Harrach fue invitado a dar un paseo por los jardines del palacio de Mirabel. El día diecisiete de agosto tuvieron que despedirse y lo hicieron intercambiando regalos como muestra de favor<sup>45</sup>.

Pernoctaron en tres aldeas antes de alcanzar Hall in Tirol. Las entradas correspondientes a estos altos en el camino son aún más cortas que las de los primeros

40. «...dass Sie meiner nie vergessen werden, sondern mich in Ihrer Gedächtnus so gegenwärtig haben, als wann ich allzeit vor Dero Augen stunde» MENČÍK, 1913, 1.

41. COLOMER, 2002.

42. MENČÍK, 1914, 1.

43. *ibíd.*, 3.

44. *ibíd.*, 5.

45. *ibíd.*, 7.

días: sólo anotó lo poco que habían comido. Desde Hall, pueblo de cierta consideración, Fernando envió a uno de sus secretarios para que diera aviso al conde Ferrari de su inminente arribo a Innsbruck. El barón von Trapp los condujo a la corte de aquella ciudad; allí les dieron de comer antes de ser recibidos por las archiduquesas: Ana del Tirol, viuda del archiduque Fernando Carlos, y su hija Claudia Felicitas. La audiencia del conde de Harrach se celebró a las cuatro de la tarde y duró media hora. Al día siguiente fue nuevamente llamado por las dos archiduquesas para «discutir» sobre Viena y la corte: lo más seguro es que la plática girara en torno al inminente matrimonio entre el emperador y la joven Claudia Felicitas. Tras la recepción, fueron a la habitación de al lado a escuchar cantar a la cantante Giulia Masotti, llamada «la Romana». La archiduquesa casadera cantó un dueto con la Masotti acompañada con el címbalo. Una camarista de la archiduquesa y una niña de seis años también se animaron a entonar sus voces para deleite de Harrach. La última mañana en Innsbruck la pasaron cazando codornices. Por la tarde, la lluvia estropeó el paseo que las archiduquesas querían ofrecerles por el jardín, así que tuvieron diversiones varias ‘a cubierto’, en los apartamentos cortesanos: el conde Franz Anton von Lamberg danzó y las damas de las archiduquesas bailaron *courantes* francesas. Como colofón a la visita, Ana del Tirol y Claudia Felicitas regalaron a la condesa de Harrach un espejo enmarcado en plata<sup>46</sup>.

La próxima destinación de los Harrach era Italia, hacia allí dirigieron sus pasos el veintiocho de agosto. En Trieste embarcaron en el río Adigio rumbo a Verona. Desde el agua, Harrach hizo mención por vez primera en su diario a la arquitectura y el paisaje; entendió acaso que merecía dejar constancia del cambio de entorno que el avance del viaje generaba. Relata el conde que desde la barca se divisaban casas «limpias» (que en el lenguaje de la época pueden traducirse por dignas o nobles), construidas «a la italiana», con jardines, viñedos, manzanos y cipreses. Pronto desembarcaron en Verona, ciudad que desde su punto de vista no tenía casas «limpias» salvo algún palacio y un claustro. En la orilla les estaba esperando su tío materno el conde Giulio Cesare Gonzaga. La jornada en la bella ciudad italiana discurrió con visitas como la del *abbate* Federici, residente imperial de Venecia. A la mañana siguiente, el conde de Harrach recibió al enviado español en la Serenísima, don Gaspar de Teves, marqués de la Fuente. Fernando Bonaventura le restituyó la visita esa misma tarde y, junto a Luis Canossa, comisario imperial, y otros acompañantes fueron a ver la representación teatral a un Anfiteatro que llamaban «la Arena»<sup>47</sup>.

De Verona, los Harrach se encaminaron a Mantua. Salieron de la ciudad de los amantes de Shakespeare a las siete de la mañana y llegaron por la tarde a su destino. A las cuatro, Harrach fue recibido en audiencia por la archiduquesa Isabel Clara de Mantua: anotó que estaba viuda, vestía como una monja y que vivía en un monasterio; a su servicio tenía una guardia y varios caballeros, y diariamente la visitaba el duque de Mantua. La ‘velada’ archiduquesa recibió igualmente a la condesa de Harrach, luego les enseñó a ambos los altares y el claustro, y quiso ver bailar a los

46. *ibid.*, 10.

47. *ibid.*, 13.

hijos de matrimonio. Carlos, Josefa, Franz Anton y Luis mostraron sus habilidades rítmicas al compás del violín de Schmelzer, uno de los criados de Fernando Bonaventura. Los Harrach se marcharon de Mantua sin ver a los duques<sup>48</sup>.

En Gonzaga volvieron a embarcar: navegaron el río Po y arribaron a Novellara donde el conde Giulio Cesare y el conde Camillo los esperaban con coches para recogerlos. En Noveralla pasaron dos días durante los cuales fueron alojados en una casa cuya decoración Harrach se detuvo a describir en su diario: tapicerías, sillones, alfombras y baldaquinos daban color a las paredes de una morada que nada tenía que ver con las míseras posadas que solían encontrar en los entornos rurales. El último día el padre Gonzaga los condujo a un bello palacete que tenía un jardín pequeño pero «adorable», en ese hermoso entorno se quedaron hasta el anochecer: sus hijos bailaron y según Harrach «a todos gustó mucho el espectáculo»<sup>49</sup>. Fernando cerró su visita registrando los dos regalos que le hizo llegar el Gran duque: dos grandes farmacias florentinas.

El conde Giulio Cesare, el que había sido su cicerone en Gonzaga, los acompañó hasta Parma soportando el polvo y el calor del camino. Pasaron por Parma y Piacenza «una bonita ciudad, grande pero no muy rica». Arribaron a Génova tres días después. En la ciudad costera italiana pasaron once largos días a la espera de poder tomar una galera que los condujera hacia España, pues Harrach quería evitar pasar por tierras francesas. Los primeros días el conde y su familia se entretuvieron visitando casas palaciegas y el colegio de los jesuitas. El embajador recibió las visitas del embajador de Inglaterra, el barón Stadl, Gerardo Spinola y su hermano Giulio. También entró en contacto con el marqués de Villagarcía, con quien compartió un concierto y mantuvo una animada conversación. Así mismo, Harrach rindió cortesías a los duques de Tursi y a la duquesa de Avello. Al tercer día en Génova, la República de la ciudad le envió un caballero, Domenico Doria, que hizo las veces de guía. Domenico le llevó a la iglesia de Santa Sabina, donde escuchó misa, le enseñaron un órgano hecho por un alemán y le mostraron cómo sonaba. Acompañados de Domenico Doria, Harrach y dos de los religiosos que lo acompañaban en su viaje fueron a visitar a la señora Priuli: ésta les esperaba en su casa, en la cama; bellas damas poblaban el resto de las habitaciones. Los tres hablaron con aquellas mujeres y algunos caballeros que allí se encontraban. Por vez primera, Harrach describió en el diario un agasajo, compuesto por agua helada, sorbete, leche y chocolate frío y caliente. Las demás jornadas las empleó en visitar al conde Arquinto, al marqués Lunatio, y al embajador de Inglaterra<sup>50</sup>.

En los días previos a su embarque, Harrach tuvo que decidir la ruta a seguir. Finalmente tomó la decisión de navegar sólo hasta Marsella. Él y su familia embarcaron el veinticuatro de septiembre. Pasaron tres días en la galera hasta llegar a aquella ciudad, donde los salió a recibir el gobernador. El periplo por Francia resultó penoso para Harrach a excepción de la buena comida que les preparó un posadero

48. *ibíd.*, 14.

49. *ibíd.*, 16.

50. *ibíd.*, 18-23.



de Montpellier. El embajador no ‘registró’ el paisaje pero sí algunas de sus gentes: en Marsella vio cómo los esclavos comprados en Malta construían los barcos<sup>51</sup>, en el camino a Arlés se encontraron con unas zíngaras, eran sólo mujeres porque decían que los «vagabundos», refiriéndose a los hombres, habían sido apresados para remar en las galeras del rey de Francia<sup>52</sup>. En Perpiñán Harrach también hizo mención al ‘pueblo’: apuntó que los habitantes de la ciudad vestían a la española y hablaban español. Fue también en territorio francés donde el embajador hizo despectivos comentarios ‘olfativos’ que no había hecho hasta entonces: en Galves pasaron la noche en una habitación estrecha y «maloliente» y, ya cerca de Cataluña, pernoctaron en un habitáculo que según el embajador «olía a establo»<sup>53</sup>.

El cruce de los Pirineos no resultó al embajador tan dificultoso como pensaba. Llegaron a Gerona el ocho de octubre. Los salió a recibir el escocés don Guillermo de Lascar en nombre del marqués de Leganés, gobernador de la ciudad. La posada de Gerona, llamada la «Maliorquine» causó buena impresión a Fernando. Después de comer, descansaron a la sombra de unos árboles, donde unos gitanos españoles les bailaron y cantaron. En los siguientes pueblos de Cataluña, los alojamientos fueron igual de malos que los franceses. Pasaron por Cervera, Lérida y Fraga y llegaron a Zaragoza el diecisiete de octubre. Retenidos en una aduana que «no era del rey sino del reino»<sup>54</sup>, los Harrach esperaron inútilmente a que el aduanero los tratara conforme a su posición. Don Juan de Austria, virrey de Aragón, no había informado en sus fronteras del trato que debían ofrecer al embajador del Imperio. Tras cruzar con el equipaje y entrar en la ciudad, Fernando Bonaventura decidió no visitar al virrey pero sí a la Virgen del Pilar. Desde Zaragoza siguieron el camino real de Aragón que pasaba por Muel, Cariñena Mainar, Daroca y Used. Llegaron a Tortuera el veintiuno de octubre. Como la posada en aquel pueblo no era buena, don Andrés López de Vega los alojó en su palacete. Al estar en Castilla y ser sábado, pudieron degustar «grossuras und pepitorias»<sup>55</sup>, los famosos duelos y quebrantos, que le supieron deliciosos tras muchas comidas insulsas en tabernas de poca monta.

Los Harrach y su séquito continuaron ruta por Anchuela, donde un labrador les dejó su casa; luego se dirigieron hacia Alcorea y Torija. En este último pueblo les llegó un correo urgente del conde de Pötting (embajador del Imperio en Madrid, antecesor de Harrach) comunicando que la reina regente Mariana de Austria estaba muy enferma y que quería hacer testamento. La noticia alarmó a Fernando Bonaventura que rápidamente ensilló una mula y se encaminó sin demora hacia Madrid. Según sus cálculos podía arribar a la corte esa misma tarde. No obstante, no tuvo necesidad de ello porque en Alcalá recibió un nuevo aviso comunicando que la soberana había salido de peligro. Decidió entonces Harrach hacer noche y esperar al resto. Todos entraron de incógnito en Madrid el veintiséis de octubre. El día veintisiete Fernando Bonaventura continuó con su embajada.

---

51. *ibíd.*, 25.

52. *ibíd.*

53. *ibíd.*, 26.

54. *ibíd.*, 29.

55. *ibíd.*, 30.

### 3. EL RELATO DE ELLA: MADRID-VIENA (SEPTIEMBRE-NOVIEMBRE DE 1676)

La ruta de vuelta seguida por Johanna fue diferente. Para alcanzar tierras imperiales, la embajadora fue hasta Irún, atravesó Francia y cruzó Suiza. La guerra entre el Imperio y Francia no fue un obstáculo pues consiguió un pasaporte de María Teresa de Austria. La soberana francesa se lo hizo con gusto porque Johanna había sido su menina en su juventud<sup>56</sup>. La decisión de cambiar de trayecto debió ser tomada por el matrimonio en vista del peligro que podía suponer ir por mar, aunque el equipaje más pesado sí que fue enviado en galeras hacia Italia. Johanna tuvo que esperar al salvoconducto de la esposa de Luis XIV para lanzarse a los caminos.

Si la primera persona citada en el relato de viaje de Fernando es «Su majestad Imperial», en el de Johanna es «Ihre excellentia», su marido. Ella se refirió a él con el título con el cual los embajadores del Imperio exigían ser tratados en España desde los tiempos del marqués de Grana<sup>57</sup>. Tras poner «Su excelencia», la embajadora encabezó la primera *Tagzettel* con una nueva 'llamada' a Fernando: «Mi tesoro», le dijo, y continuó «Lo menos que puedo hacer es ofrecerle estas breves noticias sobre cómo paso el tiempo con las personas que me acompañan en este viaje»<sup>58</sup>. Estas dos frases resumen a la perfección lo que constituyen las *Tagzettel* de viaje de la condesa de Harrach: contar cómo era su día a día y el del grupo de personas que estaban a su lado. Aquellas personas eran el mayordomo Carl Ambros Maignin de Fleurey, el padre confesor Matthias Soutermans, el padre Georg, los cinco hijos del matrimonio, las esclavas negras: Paulica y Manuela; los criados: Maria Lisel, Lendel, Sandel, Teresa, Utila, Matlo Bevier, Dieguito, Teresica, Lorenzo, Daniel, Schneider, Gladich, Radeleckher, Sedenzki y Luys Betta<sup>59</sup>. Completaban el variopinto séquito una perra que atendía al nombre de Marquesa y dos monas.

Un tema muy cotidiano que la embajadora describió con pasmoso detallismo fueron las enfermedades que aquejaron a esa *troupe*. Su principal preocupación fue Rosa, su hija pequeña, de apenas año y medio. La fiebre y las diarreas la aquejaron sin descanso. Los lloros de Rosita en las noches de calentura atormentaron a Johanna Theresia, que se acostaba junto a su hija cuando ésta no podía conciliar el sueño<sup>60</sup>. La pequeña pasaba días en los que no probaba bocado, salvo un poco de chocolate<sup>61</sup>. Rosa superó sus fiebres pero otros no corrieron la misma suerte: Siman, uno de los criados, cayó enfermo al poco de salir de Madrid. Su fiebre alta obligó a sangrarlo pero el mal continuó en los días siguientes, por lo que Johanna decidió dejarlo en Burgos para que se recuperara y regresara a Madrid<sup>62</sup>. Unos meses después, el desdichado falleció.

56. ÖStA. AVA. FA. Harrach. Familie in specie 321.

57. PIQUER, 1998, 100.

58. «Mein schaz ich kan nit weniger als ihmb ein kleine nachricht zu geben, wie ich mein ziet zue bring mitt den räsäden», MEYER, 2013, 30.

59. *ibíd.*, 11-17.

60. *ibíd.*, 85.

61. *ibíd.*, 31.

62. *ibíd.*, 36.



Las anotaciones referentes a Rosita y sus dolencias rezuman amor maternal. En los peores momentos de la enfermedad de Rosa, la desesperación de Johanna fue tan grande que creyó que la preocupación por su hija le haría enfermar<sup>63</sup>. La gravedad de la pequeña hizo que Johanna fuera muy suspicaz ante las pequeñas molestias de sus hijos: un día en el que Carlos, el primogénito, tuvo un ligero dolor de cabeza escribió en la *Tagzettel*: «sólo pido a Dios que no caiga enfermo»<sup>64</sup>. Para las dolencias de los sirvientes mostró menos paciencia: el dolor de muelas del cocinero motivó que ‘desgraciadamente’ ella tuviera que «comer mucho más tarde»<sup>65</sup>. Especialmente penoso fue el sarampión sufrido por Paulica y Manuela, las dos esclavas. Johanna pasó más de una noche en vela mientras escuchaba los gritos delirantes de Paulica que, roja de fiebre y en castellano, pedía: «¡agua, agua!»<sup>66</sup>. Cuando Paula casi no podía abrir los ojos por la hinchazón de su cara, Johanna se quejó a Fernando de esta manera: «no se puede imaginar lo impaciente que es Paulica». La inflamación del rostro de las negras era tan grande que parecía que fueran a quedarse ciegas; en la misma *Tagzettel*, justo después de anotar esta información, la condesa avisó del estado de salud de las monas como si éstas tuvieran la misma posición que las esclavas<sup>67</sup>. En los días siguientes, la enfermedad de Paulica y Manuela comenzó a preocuparle mucho pero no por la posibilidad de que éstas murieran sino porque podían contagiar a Rosita<sup>68</sup>. Marquesa, la perra, mereció para Johanna semejante atención informativa que la hinchazón de la lengua de Paulica, que casi no podía hablar<sup>69</sup>. La embajadora, empero, describió con gran pena y desolación las dolencias intestinales de Marquesa, su debilidad extrema, sus defecaciones sanguinolentas y, finalmente, su mortal atropello.

El buen o mal comportamiento de los criados fue otro asunto que Johanna quiso comunicar a su esposo. Le avisó cuando consideró que éstos la servían bien<sup>70</sup> y mostró enfado cuando cometieron faltas: Johanna se enfadó mucho cuando María Lisel perdió su palito de diamantes para limpiar los dientes<sup>71</sup> o cuando Sandel y Teresa dejaron olvidada su ropa interior en la posada; Johanna escribió a Fernando que no se podía imaginar «lo que les había gritado»<sup>72</sup>. Johanna no sólo volcó su ira contra las criadas de bajo rango sino también contra la principal figura masculina que formaba parte del convoy: el mayordomo. Carl de Maigning era el hombre de referencia del séquito hasta el punto de que Rosita lo llamaba papá<sup>73</sup>. Las riñas entre Johanna y el mayordomo fueron habituales: una tarde de octubre, la lentitud del

---

63. *ibíd.*, 55.

64. *ibíd.*, 11 y 92.

65. *ibíd.*, 30.

66. *ibíd.*, 70.

67. *ibíd.*, 67.

68. *ibíd.*, 68.

69. *ibíd.*, 71.

70. *ibíd.*, 30 y 32.

71. *ibíd.*, 32.

72. *ibíd.*, 72.

73. *ibíd.*, 37.

viaje y las pocas millas recorridas hicieron estallar a la embajadora contra el pobre *Hofmeister*, que se defendió como pudo de la furia de su señora<sup>74</sup>.

Al igual que los criados, los hijos ocupan un lugar relevante en las *Tagzettel* de Johanna. Rosita fue la más nombrada por sus achaques, pero le siguieron en anotaciones sus hermanos mayores: Carlos de trece años, Josefa de doce, Franz Anton de once y Luis de siete. Fernando pidió a Johanna que vigilara la educación de sus vástagos a lo largo del camino. Su principal preocupación era que no descuidaran los conocimientos aprendidos, los cuales comprensiblemente podían verse muy mermados durante el largo trayecto. Según el conde de Harrach, Josefa tenía que tocar el arpa y sus hermanos varones «estudiar»<sup>75</sup> y practicar idiomas: en un pueblo de Suiza, Johanna suscribió orgullosa que Carlos había hecho una «buena relación en francés»<sup>76</sup>. Todos, varones y hembras, debían controlar el cuerpo y ejercitar su cortesía bailando, así como cuidar su espíritu yendo a misa y rezando el rosario<sup>77</sup>. La condesa de Harrach pidió también consejo a su marido sobre la futura formación que debían recibir los niños una vez instalados en Viena: cerca de la frontera austriaca le preguntó si nada más llegar a la ciudad imperial tenía que llevar a Carlos y Franz Anton a la escuela y a Luis a una institución religiosa<sup>78</sup>. Las informaciones de Johanna sobre los hijos no se limitaron exclusivamente a la salud o la educación, aspectos más materiales y frívolos como su aspecto físico ocuparon sus líneas: en Francia les compró nuevos atuendos e hizo que les cortaran el pelo: «Han quedado como tres ángeles [...] hubiera deseado que los hubiera visto»<sup>79</sup>. No faltaron tampoco en las *Tagzettel* los buenos momentos pasados con los niños jugando «al cincoillo», aunque el azar de las cartas no siempre divertía a los pequeños, sobre todo cuando los naipes no les eran favorables: Luis, cuando perdía, lloraba<sup>80</sup>. En estos ratos de asueto, las monas protagonizaron las anécdotas más graciosas: un día una de ellas mordió una uña a Johanna<sup>81</sup>, osadía por la que no recibió ningún castigo; en otra ocasión, la diablura rozó el sacrilegio: una de las monas se subió a su silla de manos cuando se dirigía a la iglesia a confesarse; al llegar a destino «la mona saltó de la silla y se puso a correr por el templo sagrado, se lanzó sobre la pila del agua bendita y se puso a silbar. Luego empezó a saltar entre las mujeres que había en la iglesia y éstas empezaron a gritar despavoridas»<sup>82</sup>. La lectura de esta chanza debió arrancar una sonrisa a Fernando.

Vuelvo a las primeras frases de las *Tagzettel* de Johanna en las que afirma que quiere contar a Fernando, no sólo cómo pasaban el tiempo los viajeros sino también cómo lo pasaba ella. Johanna eligió contar a su marido las actividades que consideró más oportunas: rezar, ir a la iglesia, confesarse, comulgar, leer, hacer punto

74. *ibíd.*, 78.

75. *ibíd.*, 58.

76. *ibíd.*, 100.

77. *ibíd.*, 31.

78. *ibíd.*, 60.

79. *ibíd.*, 87.

80. *ibíd.*, 58.

81. *ibíd.*, 52.

82. *ibíd.*, 71.

y ordenar su escritorio<sup>83</sup>; así afirmaba emplear las horas de descanso que el viaje le proporcionaba. El entretenimiento se imponía como una necesidad en un viaje que ella sentía y vivía como una obligación ineludible y cruel. Apenas hizo mención al paisaje o a lo que veía a través de las ventanas del vehículo que la transportaba, tampoco de los hombres y mujeres que se encontraba en calles o caminos a excepción de los calvinistas suizos de los que comentó: «¿no es penoso que tantas almas tengan que ir al infierno?»<sup>84</sup>. Su objetivo era llegar cuanto antes a su destino: varios días soñó que habían llegado a Viena<sup>85</sup>. Alcanzar aquella ciudad era su misión como esposa del embajador imperial que era.

La condesa expresó en sus *Tagzettel* los miedos que la aquejaban por una ‘soledad’ impuesta que le obligaba a permanecer separada de su esposo ‘protector’. En las *Tagzettel* del principio confesó a Fernando que no podía imaginarse el viaje sin él y que deseaba que el conde de Trautson, su sucesor, lo relevara cuanto antes. Más adelante, la obsesión por tenerlo junto a ella se hizo presente en sus sueños: una noche soñó que él se presentaba de improviso y que los niños, al verle, se ponían a dar gritos de alegría, pero, como Johanna escribió en su nota diaria, «sólo era un sueño»<sup>86</sup>. Antes de acostarse, en Cogollos de Ciudad Real, le escribió: «Tesoro, qué triste es viajar sin mi corazón, pero no tengo que quejarme porque si no todo se me hará más difícil». Johanna contaba las millas recorridas y las que le quedaban por recorrer, el tiempo transcurría para ella tan despacio que el primer mes de viaje se le hizo un año, pero no porque carros, mulas o caballos caminaran con flema, sino porque sentía – o decía sentir – la ausencia de su marido<sup>87</sup>. Recordando el viaje que había hecho en 1673 con él (el que había escrito Fernando en su diario) anotó: «Hace tres años fui muy feliz viajando con usted, lo malo es tener que viajar sin un hombre al lado»<sup>88</sup>.

A los lamentos por la ausencia del hombre-esposo la embajadora sumó las manifestaciones de sumisión y entrega propias de una esposa devota: «No me olvide, porque yo pienso cada minuto en usted y puede estar seguro de que soy su más fiel servidora en vida y hasta mi muerte»<sup>89</sup> e incluyó a los hijos en ese ‘servicio’ debido, porque ellos tenían que someterse a su padre como ella a su marido: «Los niños le besan la mano y yo también, quedando como su perpetua servidora y esposa eterna». Mantener el vínculo con todo lo que éste conllevaba era uno de los objetivos de estas demostraciones escritas de sometimiento conyugal. La abnegación en el matrimonio exigía una fidelidad que Johanna trató de demostrar constantemente a Fernando, aunque despertando a la vez el fantasma de los celos, igualmente útiles para conservar ese lazo cuya posible ruptura ella pretendía evitar. La condesa presenta ‘la sospecha’ para desmentirla inmediatamente después: cuando le cuenta a su marido que está todo el día con el cochero francés, también le dice que no tiene

83. *ibíd.*, 60, 62 y 69

84. *ibíd.*, 100.

85. *ibíd.*, 60.

86. *ibíd.*, 58.

87. *ibíd.*, 68.

88. *ibíd.*, 79.

89. *ibíd.*, 55 y 97.

de qué preocuparse porque «ya la conoce». Cuando iba en coche, aseguraba a su esposo que se pasaba el tiempo rezando y sin apuro ninguno ‘apuntillaba’: «para que vea la mujer tan santa que tiene»<sup>90</sup>. Sabiendo que Fernando adoraba a su perra y que ésta lo tenía por su preferido, Johanna no le ahorró contarle que Marquesa se ponía a su lado y que ésta «le había olvidado [a él]»<sup>91</sup>. La perra podía olvidarse de su dueño pero él no debía olvidarse de su esposa. La separación, como se ha dicho, requería un estímulo de conservación del vínculo constante, por eso el veintiséis de octubre, Johanna rememoró a Fernando que «llevaban quince años casados»<sup>92</sup>.

Tras muchos lamentos por la soledad del viaje, declaraciones de amor conyugal y numerosas referencias a la dureza de la ruta, Johanna llegó a Viena a finales de noviembre de 1676. Hacía un frío intenso. Desde la capital imperial siguió mandando *Tagzettel* a su marido en calidad de «embajadora» porque, su «embajada» sólo terminaría cuando su marido durmiera por vez primera en su casa vienesa, en la morada que ella le estaba preparando.

#### 4. COMPARANDO MEMORIAS: EL GÉNERO Y LAS IDENTIDADES FORJADAS EN EL CAMINO

El diario de embajada y las *Tagzettel* son dos documentos de distinta naturaleza porque la idea de memoria que perseguían era también dispar: mientras que el diario fue redactado para perdurar, las anotaciones diarias de Johanna fueron escritas con la intención de que no superaran los desafíos del tiempo, aunque el destino se encargó de que ocurriera lo contrario a lo que se esperaba. Merece la pena detenerse a reflexionar sobre este propósito de perennidad o fugacidad que tuvieron los respectivos autores de estos dos relatos de viaje, a la postre marido y mujer. La memoria es a veces veleidosa y en ocasiones se perpetúa cuando no se tiene intención de que así sea y se destruye cuando se ha hecho todo lo posible para que aquello no suceda.

El conde de Harrach escribió su diario, en primer lugar, para él mismo, con el fin de servir a su memoria más inmediata: poder recordar lo que había hecho y aprendido, volver sobre algún acontecimiento, rememorar lo que había experimentado, pero también para servir a una identidad de grupo<sup>93</sup>. La forma de escritura y el contenido del manuscrito indican en todo momento que el diario fue creado con el fin de que los sucesores de Harrach pasaran sus ojos por sus páginas, se instruyeran y encontraran respuesta a los desafíos políticos que se les fueran presentando, pues no en vano, para la nobleza del siglo XVII, mirar al pasado, a las hazañas de sus ilustres antepasados, era una de las mejores escuelas para labrar el espíritu cortesano y caballeresco.

90. *ibid.*, 85

91. *ibid.*, 60.

92. *ibid.*, 96.

93. MANDINGORRA, 2002, 217.

No sólo el diario, cual semblanza instructiva, podía fortalecer los ánimos de hijos, éste además otorgaba prestigio al linaje y por ello merecía ser conservado en aquellos «archivillos de particulares»<sup>94</sup>. El diario de la embajada ordinaria de un embajador del Imperio merecía ser protegido, resguardado y mostrado como símbolo del honor de la familia. El conde de Harrach tuvo en mente todas estas variables cuando empezó a redactar su diario un día de verano de 1673 en la ciudad de Viena, con una referencia aparentemente prosaica sobre el tiempo atmosférico: «Ha llovido todo el día», así se inició un documento que pretendía ser eterno.

Cierto es que Fernando nunca dejó testimonio escrito de esas dos memorias, la personal y la colectiva a las que se ha hecho alusión, empero, las características materiales del documento ‘hablan’ por sí solas de ambas, delatando de manera procaz los empeños de inmortalidad del conde como gentil embajador. Al contemplar el manuscrito original, el lector contemporáneo se percata de cómo escribió Fernando su diario: probablemente, al final del día, el conde se sentaba en algún lugar cómodo frente a la hoja en blanco; lo más plausible es que tuviera al lado algún trozo de papel con anotaciones rápidas hechas a lo largo de la jornada con la información que quería volcar en el documento definitivo, luego pasaría tranquilamente a limpio esas anotaciones. Esta forma de trabajo se deduce al ver que el documento apenas tiene correcciones o tachaduras. Paralelamente se aprecia el gusto del conde por la ortografía y la buena caligrafía, virtudes no siempre amadas por la alta nobleza de aspiraciones caballerescas<sup>95</sup>. Harrach adoraba la buena letra y el arte de escribir y ello a pesar de que no tenía aspiraciones literarias, como otros nobles que sí las tenían pero, curiosamente, sentían cierta animadversión por la caligrafía y las reglas ortográficas, que consideraban más propias de letrados y secretarios de baja estofa que trabajaban con las «manos»<sup>96</sup>. Del mismo modo que la escritura clara, concisa, limpia y sin borrones delata el deseo del autor de facilitar futuras lecturas del documento y de embellecer algo que desea que se conserve por siglos, el ‘traje’ o revestimiento del diario, es decir, la cuidada encuadernación, incide en una idea análoga. Harrach se preocupó de encuadernar su diario con primor, como si de un valiosísimo libro se tratara: el lujo de las tapas y el esmerado ‘cosido’ de las páginas es muy esclarecedor<sup>97</sup>. Los deseos de Fernando se cumplieron porque su diario nunca fue vendido. En los siglos XIX y XX, los Harrach se desprendieron de muchos documentos: relaciones, cartas y libros fueron las primeras víctimas de las necesidades de liquidez de una familia venida a menos. No obstante, de esta triste dispersión del patrimonio, el diario salió incólume. Los descendientes de Fernando conservaron el manuscrito, no se sabe si por ‘honor’ o porque no encontraron comprador, pero el resultado fue el que el protagonista de este artículo siempre deseó, que el diario permaneciera durante siglos dentro de familia.

---

94. BOUZA, 1998, 43.

95. MARTÍNEZ HERNÁNDEZ, 29 (2006): 63.

96. *ibid.*

97. Pötting también encuadernó muy lujosamente su diario. Véase manuscrito en: ÖStA. HHStA, Grosse Korrespondenz, 35.

Las *Tagzettel* de Johanna han corrido la misma suerte que el diario de su esposo, y eso que cuando fueron escritas, su autora nunca pensó que fueran a perdurar, es más, su idea era que no lo hicieran. Prueba de ello es que las *Tagzettel* que escribió Fernando para contestar a su esposa no se han conservado, como estaba programado. Por ironías del destino, un documento que se creó para que fuera efímero ha cumplido ya trescientos cuarenta años, y no se sabe el porqué de esta «burla» que han hecho las *Tagzettel* de Johanna a ‘su muerte anunciada’. Pero voy a centrarme en explicar las razones por las cuales sostengo que Johanna quiso que sus *Tagzettel* no se conservaran. La materialidad del documento vuelve a dar respuestas: las *Tagzettel* están en hojas no encuadernadas, conservadas en forma de legajo y con poco orden. Johanna solía escribir sus notas por la noche, sobre el lecho, aunque no siempre era así, una vez lo hizo sobre la silla de manos y se sintió obligada a disculparse con su marido por su «mala letra»<sup>98</sup>, aunque lo mismo daba porque su grafía era igualmente desafortunada cuando escribía recostada. Y algo parecido pasaba con su ortografía, claramente arcaica y extremadamente ‘fonética’, quién sabe si por haber recibido una educación poco reglada (consecuencia de su condición de mujer) o porque gustaba de escribir a su marido como hablaba y así emular con más gracia y sentido las conversaciones que con él sostenía cuando compartían tiempo y espacio. Johanna no sólo pedía perdón a su marido por una letra que, aunque muy mala, confiaba en que pudiera leer por la costumbre que éste ya tenía en descifrar semejantes garabatos, sino que también se disculpaba por su torpeza ortográfica y como excusa ponía que «no repasaba lo que escribía»<sup>99</sup>, el resultado no era muy halagüeño ni digno de ser aprobado por un marido que disfrutaba con las letras bien trazadas y las frases mínimamente trabadas.

Todo esto no significa por sí solo que Johanna tuviera sus *Tagzettel* por notas condenadas a su destrucción, hay que atender también al contenido de estas notas: las auto-reconocidas carencias lingüísticas citadas no impedían que Johanna lograra su cometido al escribir: servir a su esposo contándole noticias que pudieran interesarle y de paso desahogarse de sus angustias y crecer personalmente; al final no sólo escribía para él, sino también para ella misma. Pero tan íntimas eran estas pláticas que resulta difícil imaginar que Johanna quisiera que sobrevivieran mucho tiempo porque lo que cuenta no se limita, como se ha indicado en el apartado anterior, a confesiones de amor conyugal o las preocupaciones por la salud, las *Tagzettel* encierran mensajes mucho más políticos vehiculados con un lenguaje ora sarcástico, ora impropio para una mujer de la alta nobleza: tras los discursos de la esposa devota y fiel que se somete a los dictámenes del marido y que suplica que no la olviden, se esconden exigencias y peticiones. No hay que buscar intencionalidades perversas en tal comportamiento, el uso estratégico del lenguaje y los discursos estereotipados era una constante por parte de las mujeres en la Edad Moderna. Fernando aceptó este comportamiento como parte de las tareas diplomáticas y de representación de su esposa. Empero, estos afanes debían permanecer dentro de la esfera

---

98. MEYER, 2013, 66.

99. *ibid.*



secreta-doméstica del matrimonio. La forma y contenido de estas *Tagzettel* parece que no podía ‘servir’ convenientemente a una memoria familiar. Entonces ¿cómo han llegado incólumes a nuestro siglo? Fernando recibió las *Tagzettel* de su esposa en Madrid y volvió con ellas a Viena. Eran suyas y no de ella, pues el destinatario era el poseedor final. Harrach debió guardar las notas de su esposa en su gabinete en el palacio de Viena. Fernando falleció antes que Johanna y en su testamento legó todos sus documentos a su hijo Luis. Fue él quien conservó los documentos de su madre. Probablemente, Johanna destruyó las *Tagzettel* de su marido y quizás esperaba que él hubiera hecho lo mismo. ¿Conservó el conde los documentos por amor a su esposa? Y Luis ¿los mantuvo por amor a su madre? El amor era una fuerza política muy poderosa.

Dejo los caprichos de la memoria para centrarme ahora en la construcción de la identidad y el género. Johanna se mostró en las *Tagzettel* como una mujer polifacética y con identidades múltiples: embajadora, noble, esposa, madre, y ama y señora de sus criados. La condesa de Harrach se ‘sintió’ embajadora del Imperio durante todo el viaje. Esta condición comportaba la colaboración activa con su marido en la embajada, un trabajo conjunto cuya sustentación teórica era el amor conyugal y la fidelidad que exigía el matrimonio<sup>100</sup>. Por tanto, en boca de Johanna aparecen requerimientos e instrucciones, comentarios sobre la vida política de la corte de Madrid y críticas a los problemas de representación. Las peticiones de mercedes ocupan un lugar central: la embajadora pidió a su marido que luchara por el Toisón de Oro con palabras de amor «Mi tesoro, no olvide pedir a la reina su cadena»<sup>101</sup>; como la cosa no avanzaba endureció su discurso escribiéndole que no fuera «tan flojo»<sup>102</sup>. Acerca del modo sobre cómo tenía que hacer peticiones al valido de la reina, Johanna fue clara: la estrategia a seguir era ser sutil «si sólo se da a entender un poco, su espíritu [el de Valenzuela] quedara más solícito para encaminar vuestras peticiones», inmediatamente después ponía el broche final a su demanda con el consabido lenguaje amoroso «Hazlo [así] por tu vida, mi adorado bien»<sup>103</sup>. Sus opiniones sobre la política en Madrid fueron encaminadas a criticar al duque de Osuna<sup>104</sup>, a discutir sobre las luchas por la Presidencia de Flandes<sup>105</sup> o a vaticinar si Astorga iba a ser o no embajador. Mostró carácter cuando se enteró que la Camarera Mayor había ocupado su posición [la de Johanna] al lado de doña Mariana de Austria. Enojada por tal insulto ceremonial a su honor de embajadora anotó que «si estuviera allí, protestaría porque era un agravio a [él] embajador de Alemania»<sup>106</sup>. En una de las últimas etapas del viaje la condesa de Harrach fue recibida por la novia imperial Eleonore Magdalene Therese Pfalz-Neuburg en calidad de «embajadora»;

100. CHOJNACKI, 2000, 153-168.

101. MEYER, 2013, 85 y 36.

102. *ibíd.*, 89.

103. *ibíd.*, 83.

104. *ibíd.*, 42.

105. *ibíd.*, 43.

106. *ibíd.*, 89.

Johanna misma hizo que la anunciaran así: «He hecho que me presentaran como embajadora, usted sabe bien lo mucho que me gusta que me sirvan bien»<sup>107</sup>.

Fernando de Harrach había ordenado a Karl Ambros Maignin de Fleurey, al mayordomo, que como varón «llevara» a su esposa a Viena. Esta encomienda entró en contradicción con la identidad de Johanna como embajadora y *mater familias* de todos los criados. La condesa reclamó su derecho a disciplinar cual ama y señora del séquito e informó a su marido de los castigos que había aplicado a la servidumbre buscando su aprobación, como cuando pegó a Paulica<sup>108</sup>. La condesa entendía que su condición femenina quedaba en segundo plano frente a su posición jerárquica dentro de la «sociedad de viaje». El mayordomo terminó por asumir su papel secundario y se limitó a cumplir con funciones meramente administrativas, como el control de los gastos del viaje en cuya relación anotó: «Lo que se ha gastado en el viaje a Viena con su excelencia la señora embajadora»<sup>109</sup>. La alta posición de la condesa le había quedado clara.

Johanna prefería la palabra «dama» a «mujer» para definirse. Cruzando tierras suizas, ya a punto de alcanzar la frontera con Alemania, puso en sus *Tagzettel*: «Tiene que alabarme porque usted no ha visto nunca ninguna dama que se levante tan pronto como yo, que se de a sí misma tanta prisa [...] me maravillo de mis logros, pero antes de nada exijo que mi amor me alabe»<sup>110</sup>. Con estas palabras quiso manifestar a su esposo que a pesar de ser mujer estaba logrando su objetivo de finalizar el viaje. La hazaña de su esposa aún debió parecerle a Fernando mayor después de haber leído día tras día todos aquellos lamentos relativos a soledades y desamparos. El discurso de la imposibilidad de finiquitar la ruta por la falta de un hombre a su vera funcionó a la perfección, con él, Johanna magnificó su gesta viajera frente a su marido para así conseguir mayor «amor» por su parte, un amor que podía reportarle muchos beneficios sociales y políticos. Al llegar a Viena, Johanna puso en sus *Tagzettel* que se encontraba «muy bien», la mala salud y la infelicidad desaparecieron de un plumazo a pesar de que seguía sin tener a su amado esposo a su lado.

Contrariamente a su marido, Johanna escribió mucho sobre los hijos pero no porque esta tarea le correspondiera por ser mujer o madre. Precisamente esta información sobre los niños había sido demanda por Fernando. Cuando Johanna comunica a su esposo que ha dado a Luis una bofetada porque no quería leer nada nuevo<sup>111</sup>, cuando le dice que hace bailar a los varones o tocar el arpa a Josefa, o cuando le avisa de que les compra ropa de acuerdo a su rango, está dando a entender que actúa bien como madre noble, pero siempre siguiendo los dictados pedagógicos exigidos por el padre. Ese programa educativo de Harrach incluía el estudio de las letras y la práctica de la cortesanía. Esta identidad de padre no es tan perceptible en el diario de viaje del conde por dos motivos: el primero es que Harrach viajaba con sus hijos, podía verlos y hacerles seguimiento; en segundo lugar, la naturaleza

107. *ibíd.*, 107.

108. *ibíd.*, 58.

109. *ibíd.*, 118.

110. *ibíd.*, 101.

111. *ibíd.*, 84.



del documento es distinta, pues el diario, no como las *Tagzettel*, fue escrito fundamentalmente para resaltar y construir su identidad de embajador por encima de otras identidades como las de padre, esposo o *pater familias*. Más espacio ocupa en el diario su identidad de esposo, de hecho, la condesa está presente en muchas anotaciones relativas a la función de representación que debía cumplir en calidad de embajadora. El «nosotros» en relación a él y ella como matrimonio está presente en casi todas las entradas del manuscrito.

La identidad de embajador en el diario es una identidad que está en construcción, no es fija sino que se va configurando poco a poco durante el transcurso de un viaje que Harrach considera educativo, como un *Kavalierstour*. La diferencia con ese viaje de juventud era que esta vez tenía que aprender su oficio de embajada, demostrar que era merecedor del cargo de embajador superando todas las pruebas planteadas, como si de un rito de paso se tratase. En el diario se observan varios aprendizajes: el de la representación y la cortesanía son los más patentes. En referencia a los tratamientos y el ejercicio de ‘representar’, Harrach ofrece jugosos testimonios: en Salzburgo puso en su diario que el arzobispo le había comunicado que «quería tratarlo como embajador del Imperio»<sup>112</sup> y cumplió con su palabra. En Innsbruck, el conde marcó su posición de embajador tratando al mayordomo de las archiduquesas de excelencia y dándole la mano mientras que al presidente sólo le dio el trato de usted<sup>113</sup>; luego anotó orgulloso que Ana de Tirol y Claudia les habían invitado a comer, a él y a la condesa, en una mesa larga bajo baldaquino y que en la audiencia vespertina su esposa había recibido el mejor de los tratamientos pues la camarera mayor le había dado la mano derecha. En Verona, Fernando se hizo respetar por el II marqués de la Fuente, don Gaspar de Téves, que era representante de España en Venecia. El conde de Harrach lo trató sólo de «marqués» y no como embajador, pues, entre otras cosas, se había presentado en su visita como soldado y no como diplomático<sup>114</sup>. La Fuente aceptó este tratamiento que a otro podría haber parecido descortés porque esperaba que Harrach le ayudara en su pretensión de ser nombrado embajador en el Imperio<sup>115</sup>. El marqués Luis Canossa, comisario imperial, no se mostró tan conformista y exigió un tratamiento que Harrach se negó a darle. Los Harrach no vieron a los duques de Mantua cuando pasaron por esa ciudad porque no llegaron a un acuerdo sobre cómo los tenían que recibir. En Génova, Fernando discutió con los diputados de la ciudad y con el marqués de Villagarcía, enviado español a esa ciudad, sobre quién debía dar a la mano a quién<sup>116</sup>. Para evitar conflictos, quiso permanecer de incógnito durante toda su estancia. Y, cercano ya a su destino, en Zaragoza, evitó verse con don Juan de Austria por sus descortesías en la aduana aragonesa.

En todos los manuales de diplomáticos del periodo se especificaba que el embajador era ante todo un cortesano que debía saber conversar y tener conocimientos

112. MENČÍK, 1913, 6.

113. *ibíd.*, 8.

114. *ibíd.*, 13.

115. *ibíd.*, 14.

116. *ibíd.*, 18.

de arquitectura, jardines, arte, teatro o música. Fernando de Harrach demuestra en su diario su cortesanía dando opiniones acerca de palacios, cuadros o representaciones teatrales y musicales brindadas en recepciones. Emitió juicios sobre la calidad operística de la cantante Giulia Masotti, escribiendo que «tenía buena voz y buenas maneras» y que representaba las arias de ópera veneciana como si fueran teatro. «La archiduquesa Claudia Felicitas», anotó, «también cantaba muy bien», así como su camarista, cuya voz era «preciosa». En la república genovesa tuvo la oportunidad de escuchar cantar a un castrado, el hermano Benedetto; éste a pesar de haber entonado «una buena moteta», juzgó Harrach «era mayor y cantaba por la nariz»<sup>117</sup>. La comedia que vio en Verona no le gustó demasiado, a su entender fue «mala»: el famoso Trusaldino había actuado pero «estaba viejo y ya no hacía gracia». Sólo una de las actrices había «representado» bien, una mujer muy bella que se decía era amante del marqués de la Fuente. Harrach también hizo en ese momento una minuciosa descripción arquitectónica del anfiteatro romano donde se había representado la obra, dando prueba de sus conocimientos arquitectónicos, de los que volvió a hacer gala en un pequeño pueblo de Aragón: en Used pidió ver el plano de una casa que se estaba construyendo, al verlo, enseguida se percató de que se trataba de un edificio principesco. A Fernando sin embargo le dio pena de que se estuviera construyendo semejante caserón en un lugar tan pobre. La pintura tampoco se le resistía y así alabó los cuadros del colegio de los jesuitas en Génova; precisamente en esa ciudad se hizo retratar por un pintor apodado «el Carbón», su opinión sobre su trabajo fue que la efigie cincelada por el artista no se le parecía mucho. Las buenas conversaciones con próceres y gobernantes, de incalculable valor pedagógico para todo noble viajero, cerraron el círculo de actividades cortesanas con las que Harrach ensayó, como si de un actor de teatro se tratase, su oficio de embajador.

La magnificencia de recepciones, palacios y banquetes contrasta radicalmente con las dificultades logísticas reseñadas en el diario. Fernando de Harrach se esforzó en recalcar e incluso exagerar la dureza de las mismas en su relato. La narración de las aventuras y desventuras vividas en el camino era parte imprescindible del viaje. Frente a las adversidades tales como las posadas cochambrosas, la climatología adversa, las montañas infranqueables, los ríos revueltos o los piratas del mar, Harrach se retrató como un caballero andante, cual guerrero quijotesco que sale vencedor de la lucha contra los monstruos de la ruta. En el *Kavalierstour* los jóvenes de la nobleza debían aprender a sortear las dificultades y tomar decisiones en tiempo récord. Fernando quiso plasmar en su diario que había corrido muchos riesgos y había sabido sortear los peligros enfrentándose a ellos directamente o tomando decisiones prudentes cuando éstos podían amenazar su vida y la de sus protegidos. Navegando por el río Adigio hizo oídos sordos a las advertencias de la existencia de un tramo estrecho de rocas difícil de sortear. El conde se arriesgó y ganó esquivando sin demasiada dificultad los amenazantes peñascos. Con más cautela se enfrentó a los rumores de la presencia de piratas en el Mediterráneo. El

---

117. *ibíd.*, 20.

conde decidió navegar sólo de Génova a Marsella y no aventurarse a llegar hasta Málaga o Barcelona, pues no le compensaba ser apresado y tener que esperar a ser liberado, pero no por las posibles penurias que seguramente conllevaría el cautiverio, sino porque eso retrasaría demasiado su arribo a Madrid y, en consecuencia, la posibilidad ejercer *in situ* su cargo de embajador imperial. La gesta quijotesca de Harrach tuvo, como se sabe, un final feliz.

En el viaje el embajador aprendió mucho, construyó su identidad de diplomático y reforzó la de cortesano y caballero. Johanna, aunque sin pretensiones, también sacó provecho de la experiencia viajera: las *Tagzettel* que redactó tras sus andanzas muestran a una condesa con mayor seguridad en sí misma<sup>118</sup>. En un viaje todos aprendían, hasta los criados, como llegó a constatar la propia Johanna al asegurar el avance de éstos en sus competencias lingüísticas: muy cerca de Viena comunicó a Fernando que Teresica ya hablaba «buen alemán» aunque «con el Matlo habla[ba] francés» y apostillaba: «se moriría de risa si pudiera escucharlos, se han hecho los mejores amigos»<sup>119</sup>.

En la memoria de él, la identidad que resalta sobre todas las demás es la de embajador, ella en cambio, por su condición de mujer, podía jugar más libremente con las distintas identidades de esposa, madre, mujer noble (dama, como ella dice) y embajadora, pues no detentaba el cargo oficial. Fernando, obligado como estaba a su puesto, al que había podido acceder por ser hombre, se vio más limitado en las expresiones del resto de sus identidades que quedaron subrogadas a la de diplomático. Los dos relatos de viaje así lo certifican.

No me resisto a cerrar este artículo con esta pequeña historia de la conservación de la memoria en nuestros tiempos actuales: hace poco falleció la abuela de una de mis mejores amigas. La familia tenía claro que el cuerpo iba a ser incinerado para cumplir con el expreso deseo de la fallecida, que así lo había dejado estipulado; lo que los familiares no tenían tan claro era qué hacer con las cartas de amor de su esposo que ésta había conservado. Al final decidieron que unas cartas tan íntimas debían desaparecer al mismo tiempo que su poseedora, pues sólo a ella importaban. Los hijos de los condes de Harrach no adoptaron el mismo criterio con las *Tagzettel* escritas por su madre. Éstas perduraron en el archivo familiar, como el diario de su padre. En ambos relatos encontramos la memoria de un viaje que facilitó la construcción de las identidades únicas o múltiples de un matrimonio de la alta nobleza formado por una mujer, esposa y embajadora, y un esposo, embajador y hombre, que vivieron en el Siglo de Oro. La memoria nunca es ingenua<sup>120</sup> y los relatos de estos cónyuges lo demuestran.

---

118. PILS, 2002, 21.

119. MEYER, 2013, 109.

120. BOUZA, 1998, 39.

## BIBLIOGRAFÍA

- ANSELM, Alessandra (ed.), *El diario del viaje a España del cardenal Francesco Barberini escrito por Cassiano del Pozzo*, Madrid, Doce Calles, 2004.
- BABEL, Rainer y PARAVICINI, Werner (eds.), *Grand Tour. Adeliges Reisen und europäische Kultur von 14 bis zum 18. Jahrhundert*, Ostfildern, Jan Thorbecke, 2005.
- BLUTRACH, Carolina, *El III conde de Fernán Núñez, 1644-1721*, Madrid, CSIC, Marcial Pons, 2014.
- BOUZA, Fernando, *Imagen y propaganda. Capítulos de historia cultural del reinado de Felipe II*, Madrid, Akal, 1998.
- CARDIM, Pedro, «Amor e amizade na cultura política dos séculos XVI e XVII», *Lusitania Sacra*, II (1999): 21-57.
- CASTAÑEDA, María, «Un ejemplo de transculturalidad y diplomacia en la época moderna: la embajadora Lady Fanshaw en la corte madrileña», en Juan José Iglesias Rodríguez, Rafael. Pérez García Manuel y Francisco Fernández (eds.), *Comercio y cultura en la edad moderna*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 2015: 2867-2877.
- CHOJNAKI, Stanley, «The Power of Love: Wives and Husbands», en Stanley Chojnaki (ed.), *Women and Men in Renaissance Venice. Twelve Essays on Patrician Society*, Baltimore, Johns Hopkins University Press: 153-68.
- COLOMER, José Luis, «Uso y función de la miniatura en la corte de Felipe IV: Velázquez miniaturista», *Boletín Museo del Prado*, XX (2002): 65-84.
- DE COURTOIS, Alfred (ed.), *Lettres de Madame de Villars a Madame de Coulanges 1679-1681*, Paris Henri Plon, 1868.
- DE VILLARS, Pierre, *Mémoires de la cour d'Espagne de 1679 à 1681*, Paris, Henri Plon, 1893.
- DOSOT, Gérard (ed.), *Mémoires d'Hortense et de Marie Mancini*, Paris, Mercure de France, 1987.
- EBBEN, Maurits, *Un holandés en la España de Felipe IV. Diario del viaje de Lodewijck Huygens 1660-1661*, Madrid, Doce Calles, 2010.
- GARCÍA MERCADAL, José (ed.) *Viajes de extranjeros por España y Portugal: desde los tiempos más remotos hasta fines del siglo XX*, Valladolid, Junta de Castilla y León, 1999.
- KELLER, Katrin y ROMBERG, Marion, «Tagzettel and Diaries of Cardinal Ernst Adalbert von Harrach: A Source for Central European History of the 17<sup>th</sup> Century», *The Medieval History Journal*, 13/2 (2010): 287-314.
- KELLER, Katrin y CATALANO, Alessandro (eds.), *Die Diarien und Tagzettel des Kardinals Ernst Adalbert von Harrach (1598-1667)*, Viena, Böhlau, 2010.
- KUBEŠ, Jiří, *Kavalírské cesty české a rakouské šlechty (1620-1750)*, Habilitační práce, Pardubice, Ústav historických věd Fakulty filozofické Univerzity Pardubice, 2011.
- MANDINGORRA, María Luz, «La configuración de la identidad privada. Diarios y libros de memorias en la baja edad media», *Historia. Instituciones. Documentos*, 29 (2002): 217-235.
- MAGIS, Raimund, *Pracht, Ehre, Hitze, Staub. Ferdinand Bonaventura und seine Spanienreise im Sommer 1673*, Viena, Universidad de Viena, 1996.
- MARTÍNEZ HERNÁNDEZ, Santiago, *Escribir la corte de Felipe IV. El diario del Marqués de Osera, 1657-1659*, Madrid, Doce Calles, CEEH, 2012.
- MARTÍNEZ HERNÁNDEZ, Santiago, «Memoria aristocrática y cultura letrada: usos de la escritura nobiliaria en la Corte de los Austrias», *Cultura Escrita & Sociedad*, 3 (2006): 58-112.

- MAURA, duque de y GONZÁLEZ-AMEZÚA, Agustín, *Fantasías y realidades del viaje a Madrid de la condesa D'Aulnoy*, Madrid, Calleja, 1930.
- MENČÍK, Ferdinand (ed.), *Tagebuch über den Aufenthalt in Spanien in den Jahren 1673-1674*, Wien, Gerold & Co, 1913.
- MEYER, Elke, *Die (Reise-)Tagzettel der Johanna Theresia Harrach*, Viena, Universidad de Viena, 2013.
- PALOS, Joan-Lluís Palos y SÁNCHEZ, Magdalena (eds.), *Early Modern Dynastic Marriages and Cultural Transfer*, USA, Ashgate, 2016.
- PÉREZ SAMPER, María de los Ángeles, «Princesas en camino», *Estudis: Revista de historia moderna*, 39 (2013): 9-42.
- PIQUER, Henri, *Francesco Antonio del Carreto, marquis de Grana: ambassadeur impérial en Espagne et conseiller de Philippe IV*, tesis inédita, Paris, Université de Paris X, 1998.
- PILS, Susanne Claudine, *Schreiben über Stadt. Das Wien der Johanna Theresia Harrach 1639-1716*, Viena, Franz Deuticke, 2002.
- SMÍŠEK, Rotislav, *Das Tagebuch Ferdinands zu Schwarzenberg aus den Jahren 1686-1688 und 1696-1697*, Filozofická fakulta, Jihočeské univerzity, Českých Budějovicích, 2014.

# 29

## ESPACIO, TIEMPO Y FORMA

UNED

**SERIE IV HISTORIA MODERNA**  
 REVISTA DE LA FACULTAD DE GEOGRAFÍA E HISTORIA

### Monográfico · Special Issue: El viaje y su memoria en la construcción de identidades, siglos XVI-XIX / A Travel and Memory In the Construction of Identities, 16<sup>th</sup>-19<sup>th</sup> Centuries

**13** CAROLINA BLUTRACH  
 Presentación / Introduction

**17** JUAN GOMIS  
 Viajando sobre hojas volanderas: representaciones del viaje en pliegos sueltos del siglo XVIII / Travelling on Broad-sides: Representations of Travels in 18<sup>th</sup> Century Spanish Chapbooks

**39** LAURA OLIVÁN  
 Idas y vueltas de un matrimonio de embajadores: memoria, identidad y género en los relatos de viaje de Fernando Bonaventura y Johanna Theresia Harrach (1673-1677) / Back and Forths of an Ambassador and the Ambassador's Wife: Memoir, Identity and Gender in the Travel Accounts of Fernando Bonaventura and Johanna Theresia Harrach (1673-1677)

**65** CAROLINA BLUTRACH  
 Autobiografía y memoria en el diario de viajes del VI Conde de Fernán Núñez / Autobiography and Memory in the Travel Diary of the VI Count of Fernán Núñez

**85** CARMEN ÁBAD-ZARDOYA  
 Recuerdo, evocación, promesa. Contextos sentimentales del ajuar de camino / Recollection, Evocation, Promise. Sentimental Contexts of Travel Objects in the Modern Age

**109** XAVIER ANDREU MIRALLES  
 El viaje al norte y el peso de la historia. Las identidades de Blanco White en sus *Letters from Spain* (1822) / The Journey to the North and the Importance of History. Blanco White's Identities in *Letters from Spain* (1822)

### Miscelánea · Miscellany

**135** REIKO TATEIWA IGARASHI  
 La rebelión del Marqués del Valle: un examen del gobierno virreinal en Nueva España en 1566 / The Rebellion of the Marquis of the Valley: A Test for the Viceregal Government in New Spain at 1566

**163** ISIDORO JIMÉNEZ ZAMORA  
 La actuación política de la Emperatriz Isabel (1528-1538) / The Political Action of the Empress Isabel (1528-1538)

**187** FRANCISCO PRECIOSO IZQUIERDO  
 Una memoria controvertida. Melchor Macanaz y la *Defensa crítica de la Inquisición* / A Controversial Memory. Melchor Macanaz and the *Defensa Crítica de la Inquisición*

**207** MARTA LOBO ARAÚJO  
 Pedir, dar y recibir: las limosnas a los pobres en *La Misericordia de Braga* (siglos XVII-XVIII) / Begging, Giving and Receiving: Alms to the Poor in the *Misericordia of Braga* (XVII-XVIII Centuries)

**223** M<sup>A</sup> TERESA MUÑOZ SERRULLA  
 Falsificación, introducción de moneda extranjera y extracción de metales: la Guerra de Sucesión y sus consecuencias monetarias en la Península / Forgery, the Introduction of Foreign Currency and Illegal Removal of Metal: The War of Spanish Succession and its Monetary Consequences in the Iberian Peninsula

### Taller de historiografía · Historiography Workshop Ensayos · Essays

**245** DAVID ARMITAGE  
 Tiempo, espacio y el futuro del pasado: los horizontes de la Historia / Time, space and the future of the past: The Horizons of History

### Reseñas · Book Review

**265** Francisco Bethencourt & Diogo Ramada Curto (eds.), *A expansão marítima portuguesa, 1400-1800* (JOSÉ EUDES GOMES)

**271** Raquel Camarero, *La Guerra de Recuperación de Cataluña (1640-1652)* (ANTONIO JOSÉ RODRÍGUEZ HERNÁNDEZ)

**277** Davide Maffi, *En defensa del imperio. los ejércitos de Felipe IV y la guerra por la hegemonía europea (1635-1659)* (BEATRIZ ALONSO ACERO)

**281** M. Bernardo José García García y Antonio Álvarez-Ossorio Alvariño (eds.), *Vísperas de sucesión. Europa y la Monarquía de Carlos II* (EVARISTO C. MARTÍNEZ-RADÍO GARRIDO)

**285** María Baudot Monroy (ed.), *El Estado en guerra. Expediciones navales españolas en el siglo XVIII* (MANUEL DÍAZ-ORDÓÑEZ)

**293** Robert Darnton, *Censores trabajando. De cómo los Estados dieron forma a la literatura* (JULIO L. ARROYO VOZMEDIANO)

**297** Joseph Pérez, *Cisneros, el cardenal de España* (ENRIQUE GARCÍA HERNÁN)

**301** Charles Beem & Miles Taylor (eds.), *The Man behind the Queen. Male Consorts in History* (ROCÍO MARTÍNEZ LÓPEZ)

**311** Eduardo Pascual Ramos, *Poder y linaje durante la Guerra de Sucesión en el reino de Mallorca. El marqués de la Torre* (MARÍA BAUDOT MONROY)

**315** Antonio José Rodríguez Hernández, *Breve historia de los tercios de Flandes* (BEATRIZ ALONSO ACERO)

**321** José Ángel del Barrio Muñoz, *Filipinas y la Guerra de Sucesión Española: Avatares y Sucesos en un Frente secundario (1701-1715)* (SERGIO GUTIÉRREZ CANTERO)

**327** Eduardo de Mesa, *The Irish in the Spanish Armies in the Seventeenth Century* (ANTONIO JOSÉ RODRÍGUEZ HERNÁNDEZ)